La competencia de lo alternativo en el mundo de la religión

Sobre sectas y nuevos movimientos religiosos Selecciones lleva publicados nueve artículos (ST n° 126,1993: bloque temático de cinco artículos con vocabulario técnico en las Págs. 157-160; ST n° 149, 1999: cuatro artículos). De este último n.° 149 recomendamos la lectura de dos condensaciones: la del autor del presente artículo (Págs. 56-58: exposición clara y concisa del fenómeno de la «New Age») y la de Michel de Viana (Págs. 59-72: sobre discernimiento cristiano de la nueva religiosidad). En el artículo que aquí presentamos, el autor aborda sobre todo los aspectos experienciales y pastorales de la temática, que responderían a las siguientes preguntas: ¿Por qué se ha producido el fenómeno de lo alternativo en religión y por qué dicho fenómeno, lejos de menguar, más bien parece que va «in crescendo»? ¿Qué podemos y qué debemos hacer, sobre todo desde el punto de vista pastoral, ante la proliferación de esas fórmulas alternativas que pretenden sustituir las religiones tradicionales? ¿Cómo lograr que, justamente ante la seducción de lo alternativo, sepamos revitalizar toda la riqueza experiencia) individual y colectiva de nuestra fe cristiana?

La competencia de lo alternativo en el mundo de la religión. Proyección 46 (1999) 3-26.

El caso de la secta del "Templo del Pueblo", en Guyana, con las 915 muertes simultáneas (1811- 1978), fue extremo. La fundación del Templo del Pueblo por Jim Jones (193 1-1978) no obedeció estrictamente a motivos religiosos: es verosímil que se tratase de un proyecto por parte del Partido Comunista de los Estados Unidos, escapado de todo control por la evolución posterior bajo la dirección de Jones. Trasladada su comuna a Guyana, fundó "Jonestown" como una experiencia de "monasterio comunista". La catástrofe aconteció tras el asesinato, por el "cuerpo de guardia" de jonestown, del senador californiano Leo Ryan, que había visitado la comuna con una comisión senatorial de los Estados Unidos. Al llegar la noticia a la comuna se tuvo una reunión que quedó registrada magnetofónicamente. Se decidió un "suicidio masivo por la gloria del socialismo". Las últimas palabras son de Jim Jones: "No nos hemos suicidado. Hemos realizado un acto de suicidio revolucionario para protestar contra las condiciones del mundo inhumano..." La mayor parte de los suicidios fueron inducidos por algún tipo de violencia, el fanatismo o el terror colectivo. Y también se tiene por cierto que en muchos casos se trató de auténticos asesinatos camuflados como suicidios.

Otros casos los encontramos en la prensa diaria. En España tuvimos el caso "Edelweis" en 1984, con problemas de corrupción de menores. El líder, después de unos años de prisión, fue degollado en un caso turbio no aclarado del todo. También fue sonado el caso de los "Davidianos", atrincherados en Waco (Texas), con la catástrofe provocada con la intervención del FBI a partir del 28 de febrero de 1993. En 1994 tuvimos noticia de la secta "El Templo Solar", en Cheiry (Friburgo). El episodio de "La Verdad Suprema", que introdujo el gas asfixiante en el metro de Tokio, es de mediados del 95. Últimamente hemos tenido los casos de la secta ufológica "La Puerta del Cielo", en 1997, y los sucesos de Tenerife de 1998, en los que es muy probable que la intervención de la policía evitase otro suicidio masivo.

En amplios sectores sociales y religiosos empiezan a producirse signos de alarma. Ante esta alarma el mejor servicio que podemos hacer los analistas es facilitar una descripción objetiva de los fenómenos de la religiosidad sectaria, sin realizar descalificaciones generales ni emplear un lenguaje excesivamente cargado de agresividad apologética.

He dicho ya en otra publicación *(La nostalgia del Eterno. Sectas y religiosidad alternativa)* que el siglo XXI va a ser un siglo "religioso",y allí hablaba del error cometido por aquéllos que anunciaron precipitadamente las exequias a la muerte de Dios. Este inminente siglo XXI corre el riesgo de que las grandes tradiciones religiosas de la humanidad se vean desbordadas por una avalancha de religiosidad alternativa, en muchos casos patológica y sectaria.

Es necesario "hacer algo"

Las sociedades, organizadas en Estados aconfesionales o laicos, tendrán que plantearse este problema. Primero deberán comprender correctamente su aconfesionalidad o laicidad, sin interpretarlas como beligerancia contra la religión mayoritaria o hegemónica en sus territorios o sociedades. Deberían asumir la responsabilidad que les compete, para crear los marcos jurídicos, administrativos y sociales, que amparen la verdadera libertad religiosa y su ejercicio, posibilitando una auténtica educación y cultura religiosas vivas desde la fe de los creyentes. Esos marcos jurídicos deberían ir promoviendo una situación cultural y de derecho que ponga coto a la violencia contra el hombre, la sociedad y la cultura que pretende presentarse falsamente bajo formas religiosas. Son varios los parlamentos, entre ellos el de Europa, que aceptan estos planteamientos.

La sociedad, asimismo, en sus miembros individuales y en sus instancias y grupos intermedios, está también llamada a tomar conciencia de que es responsable de las grandes experiencias de Dios que alberga, de la religiones legitimadas por la razón, la historia y la cultura. Existen sociedades que no son conscientes de que sus administraciones gubernamentales fomentan y financian la proliferación de grupúsculos falsamente religiosos y de carácter claramente sectario (muchos de ellos camuflados bajo el estatuto jurídico de ONG), con objeto de quebrantar el peso social de grandes religiones históricas. Las administraciones que actúan así, lo hacen porque las grandes religiones, como es el caso de la Iglesia Católica en Latinoamérica, a causa de sus exigencias éticas, ponen coto a los desmanes que el egoísmo humano, cristalizado en políticas concretas de desarrollo e intercambio, pretende ejercer sobre los pueblos empobrecidos.

A su vez, las grandes religiones legitimadas por la razón, la historia y la cultura, deberían preguntarse a sí mismas cuáles han sido los vacíos y las lagunas de atención que han dado lugar al brote de esta religiosidad alternativa. La advertencia del Concilio Vaticano II de que los cristianos han tenido responsabilidad en la génesis del ateísmo, al empañar u ocultar el verdadero rostro de Dios, valdría también para el caso de la religiosidad alternativa: los silencios y las lagunas en la atención espiritual y pastoral de las grandes religiones han creado una tal insatisfacción que ha llevado a muchas personas a caer en las redes de la religiosidad alternativa.

Ninguna tradición religiosa puede sentirse dispensada de un permanente ejercicio de purificación de sus estructuras, de la actualización de sus acciones pedagógicas y pastorales, ni de la búsqueda de la autenticidad en la actitud y la intención religiosa de sus miembros. La existencia profética dentro de las religiones, como vocación específica concedida por la divinidad, es un claro exponente de esta necesidad. La crítica externa de la religión señalando elementos de posibles desviaciones y perversiones ocultas por una cierta ceguera interior, tampoco es despreciable a priori.

En este contexto, es conveniente examinar las condiciones objetivas y las actitudes personales y comunitarias susceptibles de ser revisadas para que el hombre actual, que anhela el contacto con lo sagrado, pueda percibir que el mensaje religioso cristiano y su ámbito fenomenológico -el cristianismo- es la mediación válida en la que puede encontrarse con Dios, y recibir la salvación y la plenitud de su humanidad. Es preciso encontrar el camino que conduce al centro personal, allí donde las personas se perciben en su humanidad indigente y donde, por consiguiente, pueden sentirse impactadas por este mensaje que aporta la cercanía de Dios, Misterio que respeta y potencia la fundamental humanidad de la persona, individuo y comunidad.

Cercanía y comprensión

Ante la presencia de fenómenos de ocultismo o religiosidad alternativa no es conveniente ni dramatizar las cosas ni mostrarse desinteresado. La reacción pedagógica acertada es prestarles el debido interés, abordando el asunto desde una actitud de diálogo, con serenidad y normalidad, sabiendo que varios factores (el carácter de experiencia directa, relativamente fácil y posible sin demasiadas complicaciones, el clima de secreta y cálida complicidad con personas o grupos, lo atractivo del acceso a un "conocimiento secreto", el ambiente de misterio...) pueden inducir a dar un primer paso.

Es muy importante, cuando una persona está en proceso de acercamiento al mundo del ocultismo o de la religiosidad alternativa, mantener gran cercanía a ella y no perder, por precipitaciones o impaciencias, su confianza. No debe intentarse una acción que implique el ejercicio de una cierta fuerza coactiva de carácter afectivo-moral, si no se tiene la plena convicción de que los ideales morales del sujeto y los lazos desde los que se realiza este relativo "forcejeo" son tan fuertes que inclinarán la balanza claramente a favor de una posición de sana normalidad. Importa que se mantengan siempre en el mejor estado posible las referencias éticas y los lazos emocionales.

Parece conveniente que se vaya creando en los ambientes eclesiales y pedagógicos la conciencia de que es oportuno relanzar una pedagogía y una pastoral muy directas, de persona a persona, de acompañamiento cercano y solícito, escuchando ampliamente a las personas en su necesidad de expresarse y comunicarse, vislumbrando sus angustias ante los problemas de la vida. Las personas que no encuentran acogida en momentos de dificultad, por parte de su comunidad religiosa natural, son las que fácilmente pueden desplazarse hacia zonas más cálidas y oscuras, hacia lo que llamamos "la sombra" que acompaña a la experiencia religiosa y que se revela en zonas marginales, fronterizas o patológicas de las grandes religiones. Las sectas, el ocultismo, el esoterismo, la nueva religiosidad, la adivinación, los ensalmos, los sincretismos de carácter espiritista, los mil

modos de santonería y curanderismo, etc., se mueven en esta zona de sombra que las grandes religiones van arrastrando tras de sí en su camino histórico.

La facilidad para el deslizamiento encuentra su explicación en que esa zona de sombra guarda cierta homogeneidad e incluso parentesco (abundancia de imágenes, ritos religiosos, oraciones, acciones de carácter simbólico-eficaz, logro de la armonía y paz interior, desarrollo de los potenciales humanos, liberación de pretendidas energías inconscientes negativas...) con la zona "luminosa", la que corresponde a la dimensión legítima y auténtica de su propia tradición o corriente religiosa.

Diálogo, testimonio y experiencia

Otra dimensión de esta pedagogía y pastoral directas sería el testimonio de una auténtica experiencia religiosa desde el cristianismo. Al dar testimonio, la persona se expresa a sí misma (lo que es, lo que siente, goza, sufre, lo que espera y anhela); el testigo irrumpe hacia el oyente, intentando afectarle. Y no puede afectar a otro quien no se siente impactado y afectado por el mensaje que testifica. El testimonio de la experiencia religiosa cristiana sólo puede hacerse desde una vida profundamente impactada por la vida, palabras y obras de Jesucristo.

Será saludable entablar un diálogo "terapéutico", cuyo modelo es el de Jesús con la Samaritana, con la actual cultura y con las personas que viven inmersas en ella. El comienzo del diálogo es el "dame de beber" de Jesús: es demandar con humildad, interrogar, preocuparse por lo que el otro en necesidad puede ofrecer, para llegar a despertar en aquél a quien se pide la conciencia de su pobreza. Y en esa conciencia de carencia es en donde el diálogo terapéutico puede sugerir el remedio curativo y aportar el elemento de satisfacción de la misma. Junto al pozo de Sicar se comenzó hablando de dos niveles distintos, tanto de sed como de agua, pero en el desarrollo del diálogo uno de los niveles se convertía paulatinamente en símbolo del otro, el más profundo y vital. La maestría de la terapia estribaba en conducir el diálogo hasta llegar a la conciencia de que sólo el agua que mana de lo alto contenida en la palabra de Jesús, podía apagar la sed más profunda. Así el poder curativo y sanante del diálogo de aquel Jesús terapeuta se despliega con toda su fuerza. Toda acción pedagógica y pastoral eficaz en la cultura actual pasa por el diálogo; y, en la debilidad y enfermedad que revela esta cultura, por el diálogo terapéutico.

Sobre todo con los jóvenes, lo apropiado sería relanzar una cultura religiosa vivencial y experiencial, potenciando la capacidad de evocar auténtica experiencia religiosa en celebraciones, enseñanza, encuentros... Superando las atenciones pedagógicas y pastorales de "mantenimiento", convendría promocionar actividades que llenen los espacios vacíos de los niños y jóvenes: promoción de actividades lúdicas, recreativas, de convivencia y encuentro humano-religioso, de modo que puedan vislumbrar con paz y alegría diversas vías de compromiso cristiano.

La "población cultual" (el sector de creyentes que observan una práctica religiosa regular) ha sufrido un progresivo envejecimiento. Y sobre este sector recae casi toda la acción pastoral más directamente espiritual y religiosa de las Iglesias, realizada por un clero también envejecido. Al querer superar el protagonismo masivo del clero, el resultado ha sido el de una afluencia masiva de seglares de la tercera edad como

colaboradores más directos en los diversos frentes de acción pastoral de parroquias y demás estructuras pastorales. Los jóvenes quedan ausentes, no sólo de cultos y actos litúrgicos, sino también del protagonismo de la acción pastoral.

En esta pastoral fundamentalmente de mantenimiento, la cultura y la vivencia espiritual mayoritaria, es de receptividad y pasividad y los jóvenes sienten que carecen de oportunidades para protagonizar su propia historia espiritual y religiosa. Muchos de ellos, en muy poco tiempo, comienzan a experimentar el cansancio cuando afrontan la dimensión espiritual y religiosa de su vida. Sin caer en la exaltación de los valores juveniles, se precisa un rejuvenecimiento de los agentes educativos y de pastoral en las comunidades, condición indispensable para que los jóvenes encuentren su lugar, en cuanto participantes y en cuanto colaboradores directos.

Hay que contar también con el hecho de que el sector joven ha constituido la experiencia propia en "norma normante" de aquello que tiene valor y merece la pena. Hablamos de la experiencia que implica un camino que va pasando a través de la realidad y que induce la convicción de ser sujeto de experiencia. En nuestra cultura se acepta aquello que es experimentado como vida, potenciación, ensanchamiento, horizonte, libertad, aunque el molde conceptual no sea racionalmente perfecto. Y una comunicación teológicamente coherente y racionalmente válida no será atendida si no es percibida como experiencia viva que impulsa a vivir.

Kerigma y parenesis

Para poder proclamar al hombre de hoy el mensaje liberador del cristianismo y entablar un diálogo terapéutico, conviene recrear un lenguaje kerigmático, dándole a nuestro discurso un tono de "apertura al futuro" y de conexión con las necesidades humanas más fundamentales, especialmente la necesidad de sentido para la vida y las propias acciones.

Un lenguaje formalmente racionalizado por la teología neoescolástica, a través del cual la acción pastoral y la predicación siguen vehiculando frecuentemente sus contenidos, es más apto para conservar y transmitir con precisión contenidos doctrinales, pero no es afortunado a la hora de "tocar" la dimensión más profunda de la persona y de suscitar experiencia.

El lenguaje kerigmático, por el contrario, no aspira a transmitir tanto contenidos conceptuales cuanto a hacer presente en la palabra la fuerza de un espíritu capaz de impactar al espíritu. El lenguaje kerigmático, en cuanto actualización de una experiencia viva, debe ser, al mismo tiempo, parenético: debe "tocar" el corazón y mover la voluntad a colaborar con la experiencia de salvación que el kerigma transmite. Si el lenguaje kerigmático requiere la autoridad de un testigo identificado vitalmente con la noticia que anuncia, el lenguaje parenético requiere asimismo la autoridad de una ejemplaridad de vida del testigo. Es así como este mensaje puede ser percibido como liberador, curativo, salvífico. Para llegar a "tocar" la profundidad de la persona, se requiere también el cultivo y el dominio de la lengua y de los diversos recursos expresivos. Kerigma y parenesis deben andar de la mano en el lenguaje religioso.

La parábola del "buen samaritano" (Lc 10,30-37) contiene bien definida esa autoridad kerigmática y parenética. De ahí que hoy se comience a poner de relieve la necesaria dimensión samaritana de las comunidades cristianas. La parábola se abre con un hombre, tipo de la humanidad, herido por la negatividad de la vida, fácticamente representada por la violencia egoísta de otros hombres, que faltando al deber sagrado de la "projimidad", le ultrajaron, le hirieron y le arrojaron al borde del camino. Malparada queda en la escena la institución religiosa que no quiere enfrentarse con la negatividad del dolor del prójimo y prefiere continuar un camino de pura positividad cultural. ¿Fue la venerable excusa de la observancia estricta de la pureza ritual la pantalla reverente que ocultó a sus ojos el dolor del herido y "medio muerto"? Prefirió la incontaminación ritual a padecer el riesgo de una mancha por acercarse a la vida dolorida del semejante. Sin embargo, el samaritano, un hombre no judío pero profundamente religioso, sintió compasión ("se conmovió en sus entrañas") y fue movido a fraternidad compasiva y misericordiosa.

Evangelizar el sentido de la fraternidad del amor compasivo es una de las metas urgentes de la experiencia de Dios en las comunidades cristianas. La secuencia de este movimiento de fraternidad samaritana de Dios en Cristo se podría articular en la siguiente serie de "conmociones":

1. No rodear la negatividad, el dolor del prójimo, sino hacer pasar el propio camino por él.

2. Moverse a compasión y misericordia fraternal ante su desgracia, que es la desgracia de toda la humanidad (la desgracia puede tocar a cualquier ser humano -a mí mismo- en cualquier momento, de modo directo)

3. Curar las heridas con el bálsamo del amor fraternal y recurriendo a los medios que puedan tener la mayor eficacia posible

4. Ayudarle a caminar, a soportar el peso de su propia vida herida y sufriente

5. Proporcionarle amparo y cobijo

6. Hacerse responsable de la vida de su prójimo-hermano, haciéndose cargo de la situación y de los posibles gastos materiales que aquella vida dolorida pudiese ocasionar.

Hay un contenido teológico profundo como meditación para las comunidades cristianas, acerca de la autoridad kerigmática y parenética, contenida en esta imagen del samaritano para el primer mundo secularizado y herido por la ausencia de Dios. En una situación humana que pone de relieve con harta frecuencia la faz del absurdo, existen algunas cosas que tienen sentido: los fenómenos temporales de amor y fidelidad, de la disponibilidad de ayudar al prójimo y del empeño por la justicia y la libertad. En estos fenómenos, aunque fugaces y temporales, resplandece algo inolvidable, algo que se opone a toda caducidad.

Lo "último" es importante

No deberían dejarse pasar a segundo plano los temas de la escatología, de las "últimas realidades", de la muerte, en la catequesis, predicación o educación religiosa escolar. La represión sobre estos temas es negativa, pues terminan produciéndose recuperaciones de lo reprimido de forma salvaje e incontrolada.

Convendría evitar, por otra parte, las descripciones demasiado concretas de lo que, por definición, cae del lado del "más allá", prefiriendo acentuar el "ser de otro modo" de la muerte y de los muertos. Ante los fenómenos de apariciones de difuntos, de encuentros con el más allá, de comunicación con la "otra dimensión", lo adecuado es afirmar que no hay tránsito inmediato entre el más allá y el más acá. Lo acertado es educar para una relación entre ambos horizontes que se da en la fe, la esperanza y el amor. Esta relación mediada por la fe adquiere en el cristianismo el carácter de "comunión de los santos", por la cual no se interrumpe la comunicación de amor y la participación de bienes espirituales entre los bautizados que se durmieron en el Señor y los que continúan su peregrinación histórica.

Pero siempre conviene insistir en que el más allá está substraído, como lo está Dios, a todo poder mágico del hombre. La comunicación con pretendidas fuerzas ocultas, especialmente la de las llamadas por el espiritismo "espíritus descarnados", ha conducido muchas veces al fraude. Es verdad que algunos de los fenómenos que se producen en las sesiones de contacto no encuentran aún una explicación satisfactoria ajustada al mundo de las leyes de las ciencias naturales y de la psicología, por lo cual es pertinente insistir, al dar cuenta de ellas, en las explicaciones que parten de la psicología, dejando un margen a lo desconocido.

No se debe olvidar que en el impulso hacia las comunicaciones espiritistas late un secreto deseo de dominar lo que está más allá, trayéndolo necesariamente más acá (el "viaje al más allá" no se ve tan fácil). La verdad es que la literatura que hablaba de los viajes al más allá del umbral de la muerte está en grave descrédito después de que R. Moody (el autor del "best-seller" *Vida después de la vida,* relatos de quienes sentían una necesidad compulsiva de contar su experiencia en el umbral de la muerte) advirtiera que su éxito editorial se basaba fundamentalmente en una exageración impuesta por sus editores.

El otro sistema (traer el "más allá" hacia acá) todavía no está tan desacreditado, quizás porque lo más difícil, hacer entrar en la historia a un espíritu, encontró una vía media que lo hizo verosímil a los ojos de muchos. Esta vía media consistía en materializar el espíritu, afirmando que el famoso "periespíritu" que envuelve a estos espíritus y los mantiene en su forma humana, no es sino un cuerpo sutil. O sea, que el espiritismo, en el fondo, no respeta la diferente calidad de ser de los espíritus, sino que, para poder entrar en contacto con ellos los "materializa".

La escatología cristiana, por el contrario, se fundamenta en los textos de la Sagrada Escritura, la tradición, las decisiones interpretativas y aclaratorias del magisterio de la Iglesia y la reflexión de los teólogos. La Sagrada Escritura y la primera tradición eclesial describe todos los acontecimientos últimos con un lenguaje simbólico riquísimo, de fuerte componente apocalíptica, que ha sido recibido con excesiva

literalidad en la predicación y catequesis de la Iglesia en algunas épocas y que se ha exacerbado en la predicación de los sectarismos milenaristas.

La reflexión teológica actual ha llegado a formular una exposición de todo lo referente a los últimos acontecimientos tomando como punto de partida la primacía de Cristo sobre la muerte. La muerte, el último enemigo (I Co 15,26), ha sido vencida por adelantado en Jesucristo. Lo será también en nosotros: no es ya algo ante lo que el hombre carece de recurso. La muerte ha sido invadida en silencio por Cristo resucitado. Ahora, desde este silencio actual para el hombre, la última palabra que ha de ser pronunciada sobre su vida no es la palabra de la nada, sino la palabra -siempre de vida y de esperanza- de Jesucristo que vive resucitado, silencioso tras el velo de la muerte. Morir es, para el creyente, encontrarse con Cristo resucitado, y no un ir hacia el abismo de la nada, hacia la aniquilación. El creyente es consciente de que cae hacia Dios, hacia la vida, de que entra en el regazo del Cristo resucitado. En ese regazo somos salvados de la muerte, aunque aún no seamos inmediatamente resucitados en nuestros cuerpos. Esperamos ser resucitados todos juntos, como expresión de la solidaridad fundamental del género humano ante Dios, en la resurrección al final de la historia.

Entretanto, nuestro cuerpo sigue vinculado a este mundo: vuelve temporalmente al polvo del que surgió. Este estado intermedio del alma, que no siendo la tierra no es todavía la consumación de la gloria, es llamado tradicionalmente por la fe de la Iglesia "purgatorio". En este estado intermedio se abre para el alma creyente la posibilidad de descubrir el amor incondicional de Dios, la oportunidad de llorar sus infidelidades a este amor, la pesadumbre de no haber amado con totalidad a Aquél que nos amó desde siempre.

La fe cristiana llama "cielo" al encuentro definitivo con Dios, triunfo definitivo del amor redentor, medicinal, curativo, de Cristo. Muchos símbolos sencillos lo representan en la Sagrada Escritura: una mesa abierta a los comensales, una casa acogedora, una ciudad, un corazón liberado de las lágrimas vertidas en su condición histórica.

Y ¿dónde ubicar el estado llamado "infierno"? Aunque la propuesta y la oferta del Señor es el Reino de Dios, es posible que la negativa humana ante el amor de Dios abra para el hombre la contradicción absoluta al Reino de Dios. Esa situación de contradicción absoluta al Reino es lo que llamamos "infierno". Dios pone todo de su parte para que esa posibilidad quede excluida de una vida humana, deteniéndose siempre ante la libertad del hombre. El infierno es así una realidad dolorosa para el mismo Dios.

La predicación escatológica de la Iglesia aguarda con alegría la venida del Salvador, sin saber ni el día ni la hora. Es esta predicción esperanzada la que debería acentuarse en la catequesis, la predicación y la educación religiosa, frente a los milenarismos aferrados a un literalismo fundamentaIista. Y también frente a las lecturas espiritistas y curanderistas que se atribuyen una injusta capacidad de dominio sobre el "más allá" e incluso sobre lo divino. Se debería de revisar por qué esta predicación esperanzada del cristianismo encuentra dificultades ante nuestros contemporáneos, abiertos, en muchos ocasiones, para las narraciones milenaristas que son fuente de trastornos y angustias para tantas personas de nuestra época.

Desde la educación de la fe

Desde la catequesis, la educación religiosa escolar y un proyecto educativo que tenga en cuenta los valores cristianos o, al menos, unos mínimos valores religiosos y humanos, se podría actuar en varias direcciones. Preparar al educando para asumir su compromiso de mejorar las estructuras sociales: la normal inserción socio-comunitaria es una garantía de que los educados conectan con los niveles normales de formación, información, valores morales, posibilidades de desarrollo, etc., dentro de la comunidad. A mayor integración, menor necesidad de deslizarse hacia experiencias marginales, hacia las sombras.

Ayudarles a formarse una conciencia crítica, imbuida de la propia dignidad humana, frente a los asaltos de la manipulación reductora del hombre, para que así estén más inclinados a dar oídos a una propuesta de valores religiosos y morales que potencian esta dignidad y ayudan al hombre a conseguir mayores cotas de libertad, de bienestar y de equilibrio. Una conciencia crítica evitará también el que se entreguen a ideologías, doctrinas y prácticas que tienen como objeto la simple satisfacción de necesidades psíquicas, la realización de deseos de poder y dominio, o la consolación por vías marginales en situaciones dramáticas, dolorosas y aún trágicas. Igualmente ayuda al sujeto a mantenerse en conexión permanente con la realidad y a no ceder a la fácil credulidad que le seduce desde el principio del placer: creer tal cosa porque me es gratificante o satisface esta actual necesidad mía concreta. Una conciencia crítica, por último, ayuda al sujeto a discernir ante realidades de dudoso perfil y tomar las decisiones adecuadas ante ellas.

Acompañar la formación de un carácter imbuido de un sentido positivo y esperanzado ante los problemas de la existencia humana personal, comunitaria y social. Quienes saben enfrentarse a los problemas desde una actitud positiva y partiendo siempre de una posición realista, difícilmente son presa de movimientos de religiosidad alternativa o de otras formaciones pseudorreligiosas, ya que en la zona en que se encuentran poseen los recursos de carácter y de actitud vital necesarios y suficientes para dar salida positiva y esperanzada a las situaciones difíciles (personales, familiares, laborales, sociales, religiosas...)

Educar para la convivencia, formándoles para la relación fraterna, pacífica, comunitaria, en libertad y democracia. Así aprenderán a relacionarse con los semejantes desde la aceptación de las limitaciones propias y ajenas y terminarán sabiendo conducir sus relaciones de forma armónica y equilibrada, buscando salidas pacíficas para los inevitables conflictos y sabiendo evaluar a sus semejantes en su pequeñez y en su grandeza. Las personas que se integran bien en un sistema de relaciones personales, familiares, comunitarias, educativas, laborales, sociales, religiosas..., tienen muchas más posibilidades de encontrar recursos frente a la tentación de deslizamiento hacia las sombras o márgenes, hacia sectores no integrados o menos integrados en la convivencia. De ahí la importancia de contemplar en los programas catequéticos y escolares, específicamente en los de la enseñanza religiosa, la educación en los valores de la solidaridad, la tolerancia y el respeto entre los seres humanos por encima de otras peculiaridades, en el sentido de la libertad del hombre, de la justicia y de la democracia.

Formar actitudes humanas y cristianas frente a fenómenos tan graves como la pobreza y el hambre, el analfabetismo y la incultura, la explotación de hombres y pueblos, la

agresividad, la intolerancia, el racismo, la xenofobia y la falta de respeto a las minorías. También ante los fenómenos de la droga, el suicidio juvenil, el sectarismo incontrolado como ante los problemas gravísimos del aborto, la eutanasia y demás formas de agresión contra la vida, la guerra, la violencia institucional, el terrorismo de cualquier signo, la pena de muerte, etc. La concienciación sobre estos problemas desde una actitud positiva de cooperación y de participación para su superación y erradicación, proporciona al sujeto ideales de lucha pacífica, metas y horizontes que estimulan la adhesión a valores morales y religiosos vertebradores de la vida. Los ideales nobles de compromiso a favor de causas humanas justas, son, además de algo necesario para la humanidad, un horizonte de posibilidades de realización humana que no permite vacíos existenciales, que son los que empujan hacia esas zonas de satisfacción de necesidades que constituyen las sectas y movimientos pseudorreligiosos o pararreligiosos.

Muy especialmente, es importante educar en el sentido de apertura ante la Trascendencia. El "discurso sobre la apertura" debe subrayarse en una situación de postmodernidad y nueva religiosidad que ha condenado al hombre a vivir en el fragmento y en la inmanencia, resignado a la finitud. Esta situación le lleva, a veces, a la recuperación de una cierta trascendencia a través del ocultismo, el esoterismo, la magia y otras formas de "religiosidad" o pseudoreligiosidad.

El sentido de la trascendencia de Dios se educa formando en el respeto a su alteridad: su absoluto ser de otro modo, su absoluto valor y dignidad por encima de todo lo humano y mundano que no permite ser controlado ni dominado por ningún tipo de manipulación idolátrica. Ello implica también evocar la experiencia de la propia finitud humana, de la defectividad del propio ser moral. Implica también evocar la experiencia de la "voluntad de perfección", ínsita en la profundidad de la persona, que nos hace aspirar siempre a más. En esta experiencia puede ubicarse el sentido de trascendencia, no sólo como alteridad, sino también como posibilidad de salvación. Dios es el absolutamente bueno y perfecto que puede colmar definitivamente la voluntad de perfección que el hombre experimenta en su finitud.

Pero debería insistirse, asimismo, en que el Trascendente es, al mismo tiempo, el compasivo y misericordioso. Misericordia resulta ser el atributo supremo de Dios en su amor salvador. Dios ama al hombre y no puede aceptar por ello su miseria ni resignarse a ella: su corazón se conmueve y viene en socorro y auxilio del hombre. Cuando las personas entran en este movimiento del corazón de Dios adquieren la virtud de la misericordia como calidad de un corazón compasivo que comparte la desdicha del prójimo a fin de socorrerla.

La compasión misericordiosa del Dios trascendente y cercano se expresa en la Sagrada Escritura con substantivos hebreos que hacen referencia al seno maternal, a las entrañas, expresando la compasión en el sentido de emoción honda, como piedad nacida del apego y transida de afecto hacia el "miserable". Quieren significar la atención eficaz, bienhechora, la ternura, la cercanía hacia quien está en situación de debilidad.

En el NT Jesús es presentado como encarnación de la misericordia de Dios que quiere salvar a todos. Pero hay tres sectores especiales en los que ejerce intensamente la compasión: el de los enfermos, el de los pecadores, el de los pobres. No pasa desapercibido el hecho de que la bienaventuranza de la misericordia (MT 5,7) se valora como la que tiene la forma más bella y perfecta en el orden lógico y literario. La lógica

teológica afirma que la recompensa del corazón misericordioso consistirá en ser tratado con misericordia, por su cercanía al "corazón de Dios". La plasmación histórica de la cercanía compasiva y misericordiosa de Dios acontece mediante su voluntad eficaz de compartir la condición humana, débil y tantas veces dolorosa, en Jesucristo.

La grave responsabilidad de no atender adecuadamente la catequesis, de obstaculizar o no promover positivamente el derecho fundamental a la educación religiosa de los ciudadanos, según sus propias convicciones, sólo se irá revelando cuando el avance de la desoladora ignorancia religiosa vaya cuajando en fenómenos de pseudorreligiosidad incontrolada que den lugar a graves situaciones para individuos, familias y para la propia sociedad.

Historia espiritual y protagonismo del corazón

Las comunidades necesitan potenciar la experiencia religiosa en todos sus niveles, iniciar en la práctica de la meditación cristiana, diversas formas de oración, lectura de la Sagrada Escritura y propiciar un clima religioso atractivo y pacificador en las celebraciones. Se debería revisar la "falta de alma", de auténtico clima religioso, que se da en muchos de los ritos religiosos cristianos y que provoca los vacíos espirituales que luego se intentan llenar en la nueva religiosidad y los fenómenos concomitantes. Hay que ayudar a las personas, necesitadas de enfocar su vida espiritual con un sentido personal, a conocerse a sí mismas como seres personales únicos, amados por Dios de forma personal y con su peculiar historia humana. Deberían percibir el mensaje de que Dios ama sus historias personales en las que brilla la luz del don de la vida a pesar del dolor que suponen el error, el fracaso moral, el pecado como tragedia que destruye la propia vida, afecta dolorosamente al prójimo y desagrada a Dios.

Esta evocación de experiencia religiosa, específicamente cristiana, requiere un acompañamiento individualizado que no es posible sin el contagio del testimonio de otros miembros de las comunidades. Es necesario el contacto con la palabra y el sacramento a través de testigos vivos que acompañen la experiencia religiosa desde su despertar.

Durante mucho tiempo se ha creído -y algunos lo creen todavía- que la experiencia religiosa puede ser suscitada por una catequesis meramente conceptual y hay quien echa de menos hoy esa catequesis conceptual de preguntas y respuestas. El aprendizaje memorístico de la doctrina de la fe no prepara para la experiencia de fe. Es un error, ya que la persona no es sólo una memoria, un intelecto y una voluntad desde donde puede controlarse cómodamente todo el resto de dimensiones personales. Si los conocimientos conceptuales no van acompañados de un eco concomitante en el resto de dimensiones de la persona no serán considerados una experiencia válida. Toda acción pedagógica y pastoral debería tener en cuenta las diversas dimensiones de la persona: sensible, imaginativa, noética, volitiva, afectiva, estética, moral, interpersonal, familiar, social, cultural...

Muchos perciben como necesidad urgente proporcionar calidez a las comunidades cristianas y crear un ambiente de fraternidad y de cercanía pastoral a los problemas concretos de la gente. Se debería llegar a poner en práctica una ecología de relaciones humanas contra el aislamiento y la alienación de que son víctimas muchos, pero para

ello se necesita tener una actitud pastoral relajada, distendida, sosegada, comprendiendo que es necesario dedicar tiempo a cada persona.

Para ello se requiere formar bien a los educadores y agentes de pastoral y ampliar el número disponible de los mismos, preparando a muchos seglares que, sin duda alguna, pueden y deben realizar su vocación pastoral en una tarea tan difícil, pero tan hermosa y noble al mismo tiempo, que antes se ha llamado diálogo terapéutico, con los sectores más débiles o necesitados de nuestras grandes comunidades. Pero esto requiere el reconocimiento de la mayoría de edad de los seglares, lo cual si bien en teoría no ofrece hoy dificultades, está en la práctica muy lejos de encontrar un modo de realización concreto y satisfactorio.

El tradicional sistema parroquial parece conveniente revisarlo. Pero el problema es si las Iglesias cristianas disponen hoy de la actitud y ocasión adecuadas para emprender dicha revisión. Las escasas personas que asisten a las celebraciones los días de precepto para cumplir un "precepto" no parecen ir a una "celebración". El problema se acentúa en los núcleos urbanos, en donde las comunidades, reunidas para el momento puntual del culto, no tienen cohesión humana entre ellas. La revisión, por consiguiente, debería ir por el camino de constituir comunidades más fraternas y más a medida humana. Hay cada vez más personas con diversos problemas, especialmente de orden moral o canónico, que no encuentran ayuda ni ven salida a su situación en la actual organización de las comunidades cristianas, en donde no perciben una palabra de aliento, de apoyo, de esperanza y de auténtica acogida.

Otro elemento importante es la necesidad que tienen las grandes religiones de integrar en su vida, como protagonistas de sus propias historias religiosas y de las de la comunidad, a un mayor número de personas. La comunidad institucional cumple una de sus más importantes misiones cuando sirve de cauce a la integración de nuevos miembros en la experiencia religiosa originaria de salvación. La gran sangría que está experimentando la Iglesia católica en América Latina y en muchos lugares de Europa se debe, entre otras causas, a esta carencia de lugar para el protagonismo de la propia historia religiosa por parte de una gran mayoría amorfa de sus miembros. Las sectas emplean precisamente como reclamo proselitista la oferta de este protagonismo religioso negado por las grandes Iglesias a la mayoría de sus fieles.

La disminución del número de clérigos en las Iglesias cristianas puede ser un signo del espíritu que llama a la promoción y diversificación de ministerios seglares y un estímulo para la formación espiritual y teológica profunda de los mismos. Se va imponiendo la conciencia de que es necesaria una mayor cohesión de vida, trabajo y liderazgo entre sacerdotes y seglares en la común misión de construir la comunidad.

Las Iglesias cristianas tienen además la posibilidad de desarrollar aún más la dimensión trinitaria de la fe cristiana. La búsqueda en nuestra época se dirige hacia el misterio último que se manifiesta en la piedad y compasión paterno-maternal: mostrar el rostro piadoso, maternal y fraternal del misterio de Dios y de su Iglesia es el reto ante la religiosidad alternativa.

Habrá que recuperar en la predicación y la pastoral cristianas la persona del Espíritu Santo, como huésped amable del alma humana y fuente de claridad interior, renovación y consuelo para un hombre que necesita, hoy más que nunca, la cercanía curativa de

Dios a su propia vida. Las comunidades cristianas, si han de hacer resonar en el mundo de hoy, donde hay muchísima gente sufriendo, el mensaje alegre, curativo y salvífico de Dios en Jesucristo tienen que encontrar el modo de acercarse con su amor maternal de modo eficaz a ese "exceso de dolor" que aqueja al mundo actual en las múltiples situaciones de pobreza espiritual y moral.

El lenguaje del Espíritu

Las comunidades cristianas han de dirigirse al mundo hoy, especialmente, mediante el "lenguaje del Espíritu Santo", que podrá vertebrarse en torno a tres elementos fundamentales. En primer lugar en torno al amor. Es verdad que unos hombres pueden tardar más que otros en aprender este lenguaje, pero en algún momento de la vida, no se sabe cuándo, ese lenguaje se entiende. Los mensajes religiosos que hoy son mejor captados por la gente, de cualquier idioma, cultura o nación se expresan en la lengua universal del amor. Por Ej. Teresa de Calcuta hablaba un lenguaje que llega bien a todo hombre y que incluso ha sido entendido por millones de seres humanos de una cultura tan absolutamente distante del cristianismo en tantos puntos doctrinales como es la hindú. El propio discurso de las Iglesias debería acentuar especialmente su opción por el amor al hombre en estas circunstancias concretas que le está tocando vivir, sin hacer por ello dejación de su misión de orientar las diversas dimensiones del comportamiento humano según el Evangelio.

En *segundo lugar*, el lenguaje del Espíritu es un lenguaje de paz. Un ser humano se siente invadido de paz cuando se siente amado y se sabe valioso para alguien. Por eso Jesús muestra a los discípulos las heridas de las manos y el costado abierto como signos del amor, del sufrimiento afrontado para dar vida. Lo que buscan, en su mayoría, las personas que acuden a zonas de religiosidad alternativa es, especialmente, la paz de corazón que produce el sentimiento de la calidez de sentirse acogidos en una comunidad que, al menos al principio, rodea al neófito con un amor auténticamente maternal, aunque a la postre se revele el espejismo y se produzca el sometimiento inhumano a una estructura despersonalizante. El discurso religioso debería esforzarse por señalar el defecto moral, el pecado, al tiempo que transmite el mensaje del amor de Dios por encima de todo: en los labios del padre del hijo pródigo, o del Jesús que defiende a la adúltera o a la pecadora arrepentida, no suena tanto el reproche, cuanto el amor que vence el mal superándolo. Es esta actitud, que no deja de reconocer y señalar el mal, la que transmite la paz al corazón del hombre en situación moral problemática y oscura.

En *tercer lugar*, el lenguaje del Espíritu es un lenguaje de perdón. El perdón es el amor -la más sublime forma de que se reviste- que se siente con fuerza para pasar por alto la afrenta y el dolor sentido en lo más hondo; es el amor que sigue amando aun sin ser amado; es un amor potente, fuerte, persistente, más poderoso que el pecado. Una de las bellas escenas de perdón recogidas en el Evangelio es aquélla en la que Juan recompone desde la fe pascual el reencuentro del Pedro débil en su cobardía con Jesús: el Señor resucitado no le preguntó acerca del pecado de la cobardía y del abandono de la vocación, sino que tres veces le preguntó sobre el amor ("Pedro, ¿me quieres?"). No hay aquí indicios de una praxis penitencial obsesivamente centrada en el recuento y la versión en magnitudes escrupulosamente mensurables de los detalles, circunstancias y movimientos del ánimo que concurrieron en el pecado. Hay el ejercicio de un amor que perdona con su poder ante un gesto de contrición del corazón. Hay la sabiduría de quien

intuye que el recuerdo del mal causado hiere ya suficientemente la memoria y que lo más necesario entonces es curar el dolor: el dolor del amor herido que se cura perdonando; y el dolor del amor infiel que sana aceptando la reconciliación y el perdón. Teológicamente esto es lo que proclaman las Iglesias en su predicación de la misericordia divina. Pero hay que reconocer, fenomenológicamente, que este mensaje no logra impactar al hombre contemporáneo, quizás por las formas en que ha venido envuelto, debidas a la idiosincrasia de los diferentes cauces de proclamación y a una praxis penitencial que no siempre fue acertada.

Parece llegado el momento de que las comunidades cristianas se planteen la necesidad de acentuar especialmente ante el mundo de hoy este lenguaje universal, el lenguaje del Espíritu, o sea, el del amor, la paz y el perdón.

Es un hecho evidente que el cristianismo, en nuestro caso la Iglesia católica, ha propiciado el que surgieran en su seno innumerables vocaciones dedicadas al cuidado de las mil maneras de miseria humana, moral, espiritual y material, que han recorrido y recorren la historia del mundo. Las heridas de los hombres que las Iglesias cristianas han atendido y curado, y las penas y dolores que los creyentes han aliviado y alivian testimonian como signos visibles la presencia actual de Cristo en la fe de las personas y de las comunidades y, además, constituyen un honroso patrimonio moral reconocido y respetado por todos los pueblos.

No hace falta insistir en el hecho evidente de que sólo desde la fe en Jesucristo es comprensible la fortaleza de aquellos creyentes que se ocupan de las más oscuras y dolorosas cruces que deben arrastrar muchos hombres. Precisamente, este mensaje de la maternidad misericordiosa de las comunidades cristianas es el más impactante e importante para la sensibilidad del hombre contemporáneo. Habrá que insistir en encontrar un camino para que este mensaje, junto al del magisterio docente, necesario y tan importante, encuentre su lugar y abra el horizonte de la esperanza para el mundo en los umbrales del siglo XXI

Condensó: Miquel Suñol